



PREDICACIÓN EN TIEMPOS DE CRISIS

Una reflexión comunitaria sobre nuestra predicación

Introducción

Como Familia de predicadores que somos, no podemos dejar de preguntarnos qué hemos de predicar en estos momentos de crisis, qué palabra pronunciar que sea fiel a la Palabra, que ha venido a traer vida abundante a las vidas de nuestros contemporáneos (y de nosotros mismos).

Nuestra palabra ha de nacer de una doble escucha, la que presta oído atento a las historias narradas por la gente, las historias de sus vidas, sus preocupaciones, su sufrimiento y sus alegrías; y la escucha atenta de la Palabra que siempre es luz, que siempre reaviva la esperanza y genera gestos de amor nuevos.

Nuestra mirada, como la de Domingo, ha de ser una mirada compasiva a nuestro mundo. Pero, como afirmara Bernardo Cuesta, OP: “La compasión incluye dos dimensiones: una dimensión contemplativa, que nos ayuda a mirar el mundo con los ojos y con el corazón de Dios y a descubrirle a Él en los ojos y en el corazón sufriente de los hombres; y una dimensión comprometida, que nos impulsa a construir nuestra vida y a transformar el mundo conforme al proyecto que Dios nos ha revelado en Jesucristo”.ⁱ

Palabra y compromiso van juntos y, como Familia, hemos de descubrir no sólo cuáles han de ser nuestras palabras en este momento, sino también nuestros gestos concretos, nuestra respuesta compasiva.

1.- Hemos visto y oído

Con nuestros hermanos y hermanas de distintos lugares de España, que realizan su misión en diversas áreas: emigración, educación, misiones, comunicación y predicación, acompañamiento de personas sin hogar, familias, solidaridad internacional, etc. hemos hecho este ejercicio de escucha. Hemos visto y oído lo que la gente vive y sufre en estos momentos y hemos descubierto, al tiempo, la presencia del Espíritu que se manifiesta de muchas maneras, como respuesta al clamor de los hijos de Dios.

A través de los laicos de la Familia Dominicana escuchamos la voz que nos refleja directamente la realidad tal y como la están viviendo muchas, si no la mayoría, de las familias:

“Estamos llenos de desencanto, de preocupación, de INCERTIDUMBRE Y SUFRIMIENTO. Afectados sobre todo por las situaciones concretas de aquellos que más sufren: los que se han quedado sin lo poquito que habían conseguido para sus últimos días, las familias que pierden su hogar, los que no encuentran trabajo, los padres que no pueden cubrir las necesidades más básicas de sus pequeños...”

Vemos como nuestros propios hijos sufren por falta de trabajo, o por problemas laborales. LOS JOVENES, aún valiendo un montón y estando sobradamente preparados, no solo no tienen un presente, si no que no se les ven posibilidades de futuro. La gran máquina aplasta a varias generaciones, las borra de un plumazo.”

A través de nuestras hermanas más implicadas en el acompañamiento de poblaciones mayoritariamente emigrantes, fuertemente afectadas por la falta de trabajo y los desahucios, hemos

escuchado el clamor de tantas familias que se han quedado sin techo, que no tienen lo imprescindible para vivir dignamente en nuestras grandes ciudades. Con ellas hemos sentido el dolor y la indignación por la forma en que en muchos casos se tratan las situaciones de los que por no tener “papeles” no son reconocidos en su derecho a una vida digna o a una atención sanitaria adecuada.

Hemos escuchado, a través de nuestros hermanos y hermanas que trabajan en el ámbito educativo, las dificultades que están viviendo las familias de los alumnos, especialmente en los centros situados en las cuencas mineras y zonas industriales, hasta el punto de llegar a detectar déficits de alimentación en los niños que les impiden un desempeño adecuado en el aula. Pero no sólo las familias, sino también los profesores, fuertemente afectados por los recortes presupuestarios, están encontrando dificultad para mantener alta su motivación y atender a la mayor carga de trabajo que la situación trae consigo. Directivos y entidades titulares de los colegios de la Familia Dominicana están tratando de responder a la situación con no poca generosidad y entrega, pero con serias dificultades para mantener la calidad educativa y el normal funcionamiento de los centros, al tiempo que mostrando sensibilidad y solidaridad con las familias más afectadas por la crisis que no pueden sostener la educación de sus hijos en los centros concertados de su elección.

2. Signos de esperanza

En medio de toda esta dolorosa situación reconocemos, a través de los ojos de nuestros hermanos y hermanas de la Familia Dominicana, que hay muchas razones para la esperanza.

En primer lugar, la crisis económica nos invita a pensar que quizá necesitamos también abordar una crisis cultural, y hacer un cambio de valores en nuestra vida. Si llegáramos a comprender que la crisis actual no es simplemente una crisis económica, sino también y sobre todo una crisis de valores, no habrá sido en balde.

La situación está suscitando en muchas personas una nueva sensibilidad social. La situación está mostrando unos VALORES POSITIVOS que puede nacer en medio de la crisis. Por ejemplo: una vida más austera, la desmitificación del dinero, la necesidad de eliminar falsas seguridades, la importancia de la unión familiar y la solidaridad en los grupos primarios, la prioridad de la lucha por la justicia, la comunión con las personas que sufren más...

La actual situación nos puede llevar también a tomar una nueva conciencia de los valores éticos que son fundamentales para la convivencia y para garantizar una vida digna a las personas y a los grupos: la honestidad, la verdad, la solidaridad, la corresponsabilidad...

La situación está haciendo comprender a muchas personas que el actual sistema de desarrollo económico no es capaz de generar sentido. Estamos en un mundo escaso en sentido. Esto está poniendo a muchas personas en búsqueda.

Y, en definitiva, esta situación puede suponer para todos nosotros una invitación y una oportunidad de conversión. En este momento suenan con más fuerza los mensajes proféticos del Adviento.

3. A la luz de la Palabra

Con nuestra Familia Dominicana queremos volver a escuchar la Palabra que da luz y sentido para el camino, que anuncia, de modo especial en este tiempo de Adviento y Navidad, la presencia de un Dios hecho carne, que asume nuestra condición humana en toda su realidad y se hace, así, razón última para nuestra esperanza.

Si partimos del hecho de aceptar y afirmar que la Palabra de Dios es salvífica para el género humano, también debe serlo en épocas de crisis. La Palabra de Dios nos invita a pensar en lo



esencial y a poner en segundo plano lo accesorio, a volver a los valores esenciales del evangelio, que recuerdan el valor absoluto de la común dignidad de todo ser humano, independientemente de la situación por la que pase en la vida: no somos números o cifras –aunque lo seamos con frecuencia en la economía de mercado-, somos personas amadas y queridas por Dios. La Palabra de Dios nos invita también a la solidaridad, con el prójimo, con el vecino, con el compañero de trabajo, que está viviendo como yo un periodo de desesperanza o de necesidad. La Palabra de Dios nos invita a la confianza y la esperanza de que existe una tierra prometida, un reino de Dios –que no siempre coincide con el mundo que a veces imaginamos- en el que las cosas pueden ser de otra manera. No hay un periodo de crisis que dure más de 40 años por el desierto, con sus días y sus noches. La Palabra de Dios nos invita a mirar la realidad de otra manera, con otros ojos.

La Palabra de Dios nos hace priorizar siempre el bien común, por encima de los intereses particulares.

4. Nuestra predicación

Como dominicos y dominicas estamos llamados a vivir en esta situación y dar respuesta desde:

Una mirada CONTEMPLATIVA: Este es un ejercicio irrenunciable en la vida dominicana. Domingo fue un contemplativo desde la práctica evangelizadora, desde el contacto con la humanidad doliente. Decir mirada contemplativa quiere decir lectura creyente de la situación que estamos viviendo. Es mirar al mundo con los ojos de la fe o con “los ojos de Dios”, como Dios lo mira.

Un compromiso fuerte con la VERDAD: La Verdad está en el corazón del ideal dominicano, y ha de ser uno de nuestros servicios a los hombres y mujeres de hoy y de siempre. Es indudable que un componente fuerte de la presente crisis es la mentira en todos los ámbitos de la vida (economía, política, cultura...) Por eso, el compromiso con la verdad es un compromiso irrenunciable en estos momentos.

Un compromiso de SOLIDARIDAD Y FRATERNIDAD: Esto implica la firme decisión de compartir nuestro tiempo, nuestra escucha, nuestros bienes materiales, económicos, humanos, espirituales... con los más necesitados. Es el momento de intensificar otro tipo de relaciones para vivir auténticamente como hermanos y hermanas. **Un compromiso de COMPASION:** Este es otro rasgo esencial de la espiritualidad y de la misión dominicana.

Desde estas coordenadas, nos sentimos llamados a predicar:

Una palabra de consuelo: Las palabras de Isaías resuenan en nuestros oídos con fuerza: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios” (Is 40,1). No tenemos todas las respuestas, ni están en nuestras manos las llaves de las soluciones, pero la gente necesita, en primer lugar, encontrar en nosotros cercanía y consuelo, escucha y empatía. Escuchar y acompañar, dejarnos tocar por la vida y las historias de la gente, es el primer paso para poder decir una palabra cercana y con sentido. Muchas veces será esto lo que les ayude a ponerse en pie y buscar las soluciones o emprender las acciones pertinentes para resolver sus problemas.

La situación exige de nosotros un intenso ejercicio de compasión y sobre todo una cercanía a los más pobres.

Intentando estar cerca del que lo pasa mal, trabajando la sensibilidad y la empatía con el que sufre, tanto en el personal del Centro como en el alumnado. Dedicando tiempo a escuchar al que tiene algo que decirnos, contarnos, compartir; bien sea por la necesidad de desahogarse o de recibir una palabra de apoyo, de aliento...

Una palabra de esperanza, que hunde sus raíces en la convicción de que Dios nunca abandona a su pueblo y sigue actuando en la historia por medio de su Espíritu: “Jerusalén, despójate del vestido de luto y aflicción y vístete para siempre las galas de la gloria que Dios te da, envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno; porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo. Dios te dará un nombre para siempre: Paz en la Justicia, Gloria en la Piedad. Dios ha mandado aplanarse a los montes elevados y a las colinas perpetuas, ha mandado llenarse a los barrancos hasta allanar el suelo, para que Israel camine con seguridad guiado por la gloria de Dios; ha mandado al bosque y a los árboles aromáticos hacer sombra a Israel. Porque Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia” Cfr. Ba 5,1-9.

Lo primero que nos dice nuestra fe es que nuestra palabra cristiana no es ni técnica (en lo económico), ni partidista (en lo político) pero sí debe ser una palabra que ayude a discernir, a la luz del Evangelio, todo aquello que haga crecer la esperanza.

La Palabra de Dios nos ha de servir para mantener la lucidez y el espíritu crítico sin dejar de ser realistas y conocer la situación.

La Palabra de Dios nos ha de impulsar a mantener la esperanza de que Él no abandona nunca a su pueblo, a descubrir y comunicar los motivos de esperanza que el Espíritu suscita permanentemente en las personas y los grupos humanos.

Una palabra de confianza: Como el profeta Elías, nos atrevemos a decir que “El cántaro de harina no se vaciará, la aceitera de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra”, al tiempo que nos invitamos unos a otros a compartir lo poco o mucho que tenemos.

Confiamos en Dios y aún puede ser posible confiar en el ser humano. Por más que el futuro aún presente mal aspecto. Jesús confió al darnos su Palabra. La que llega a nuestros corazones al sentirnos amados por El: yo te amo, tú me importas, no estás solo...yo llevaré el amor del Señor hasta ti, yo te escucho, ¿que necesitas?

Una palabra de fortaleza: Estamos llamados a fortalecer a nuestros hermanos y hermanas en el nombre del Señor, en su resistencia ante el sufrimiento y en sus luchas por la justicia: “Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes. Decid a los cobardes: Sed fuertes, no temáis; mirad a vuestro Dios, que trae el desquite y la venganza, viene en persona y os salvará.” Cfr. Is 35.

En tiempos difíciles es cuando tenemos la oportunidad de demostrar nuestra fe, fortaleza y creatividad ante cualquier situación. Así como hacer realidad el verbo compartir (dad y recibiréis).

Una llamada a la conversión: Como los discípulos de Juan, hemos de preguntarnos: “¿Qué hemos de hacer?” La respuesta de Juan es clara: “El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; otro tanto el que tenga comida” (Cfr. Lc 3,10-18).

La Palabra de Dios nos urge a hacer efectiva la comunión fraterna a la que nos llama; y a vivir la austeridad, el compartir y la compasión que la propia Palabra contiene.

La situación a veces nos afecta de forma más teórica que en la práctica cotidiana de nuestra vida. Nos acolcha el respaldo institucional, que hace que nos sintamos protegidos y seguros.

De todas formas, o vivimos en función del Reino, sin interpretar u omitir a nuestro antojo la Palabra, o no llegará la Justicia de Dios a la familia que formamos todos. Tenemos que hacer desaparecer el camino paralelo que hemos establecido individual y conjuntamente para sentirnos cristianos sin ser fieles al espíritu de la Palabra. Jesús nos dijo: “Hacedlo vosotros como yo lo he hecho”. Todo está en nuestras manos.

Una llamada al servicio: Como Jesús somos llamados siempre, y de modo particular en estos tiempos recios, a ponernos al servicio de nuestros hermanos, a lavar sus pies y vendar sus heridas. “Pues si



yo, que soy maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros mutuamente los pies. Os he dado ejemplo para que hagáis lo mismo que yo he hecho.” (Jn 12,17)

La situación es una llamada a la CONCIENCIA DE TODOS. Nadie hay que no pueda ayudar a alguien, aunque nos parezca pequeña cosa, nunca lo es: el jubilado que trabaja en un comedor social, la abuela que comparte el hogar, el joven que se manifiesta pacíficamente, el monje que ora y ofrece su vida...

Especialmente ahora nos toca ponernos del lado del pobre, del que sufre, del que lo ha perdido todo. Tenemos que ser ejemplo de “servicio”, tanto con el de cerca como con el de lejos. Tenemos que ser una Iglesia cercana y unida, al servicio del otro. Como familia dominicana debemos apoyarnos unos a otros en los diferentes proyectos que estamos llevando a cabo y en otros nuevos que tenemos que crear, sintiendo que son los proyectos de todos y que van dirigidos hacia los colectivos que peor lo están pasando. La situación exige de nosotros creatividad, apertura al Espíritu, que sopla donde quiere, y engancharnos en las propuestas creativas que dan respuestas, aunque sean locales, a los problemas más urgentes de la gente. Así lo están haciendo, por ejemplo, algunos de nuestros centros escolares en lugares fuertemente afectados por la crisis: Ayudando a los más débiles, intelectualmente, económicamente, afectivamente, etc.

Intentamos aprovechar las pequeñas cosas para hacerles valorar lo que tienen (no despilfarrar) y lo que son. Otras acciones más concretas son: la flexibilidad en el pago de las cuotas o en la aplicación de las normas, la aportación de material y libros de texto,...; pedir ayudas y/o subvenciones al ayuntamiento, a bienestar social, a la Fundación; organizar campañas y acciones solidarias para que todos tomemos conciencia y nos comprometamos en la medida de nuestras posibilidades.

5. Propuestas de Reflexión

Esta reflexión que nos venimos haciendo como Familia Dominicana no está cerrada, es, sobre todo, una invitación a seguir haciéndola juntos, de un modo comunitario. Así podemos ir descubriendo juntos cuál ha de ser nuestra predicación, con palabras y gestos concretos, como Familia Dominicana. Es esta, quizás, una oportunidad para estrechar nuestros lazos como Familia, haciendo esta experiencia de preparar comunitariamente nuestra predicación y de actuar con la autoridad que nos da el sabernos enviados por la comunidad entera.

Por eso invitamos a las comunidades y fraternidades de la Familia Dominicana a seguir enriqueciendo este primer aporte a la reflexión que os enviamos, compartiendo su propia respuestas a las preguntas de las que hemos partido:

¿Qué realidad viven la gente concreta que te rodea?

¿Cómo ilumina la Palabra de Dios esta realidad?

¿Qué palabra hemos de predicar?

¿Qué respuestas, a la luz de la Palabra, puedes dar como comunidad dominicana?

Pueden enviarnos sus aportaciones, experiencias, iniciativas, propuestas, etc. al Secretariado de FD: secretariadofd@dominicos.org. Haremos circular estas aportaciones de forma que todos nos veamos enriquecidos por la reflexión de los demás.

ⁱ Los textos en cursiva están tomados de las aportaciones a la reflexión recibidas de diversos grupos de la Familia Dominicana.